

# Hay que aprender a cantar un lamento

**P**ara que nuestra oración y nuestro canto a Dios sean sinceros, es preciso llevar la totalidad de nuestra experiencia a esa oración y convertirla en parte de ese canto. Debemos presentar a Dios toda situación, incluso los momentos que piden un lamento.

Esto se nos dificulta porque nos lamentamos de cosas que parecen imposibles de resolver. A veces hasta parece que Dios no puede alejar el dolor que nos lleva a lamentarnos. El lamento viene de lo más recóndito de nuestro ser, donde nacen nuestros sentimientos más profundos. No es el gemido ni el grito primitivo que se produce al derrumbarse el mundo de una persona o de un pueblo, cuando aun el lenguaje articulado falla. Más bien, el lamento se produce al volver del borde del caos, cuando encontramos formas de hablar de lo impronunciable y tenemos algo de fe de que alguien oirá nuestro clamor y responderá. El lamento es una expresión de verdad que capta el corazón y la mente; es una queja contra el mal continuo.

En realidad, el lamento es un acto de esperanza. San Agustín dijo que la esperanza tiene dos hermosas hijas que son la ira y la valentía. Nuestra ira surge al reconocer que algo ha salido sumamente mal y, por ende, tiene que cambiar. Esa ira puede impulsarnos a realizar un acto valiente para efectuar ese cambio. Por lo tanto, el lamento es lo contrario de lo que la Biblia llama “dureza de corazón”.

Nuestra fe nos dice que aun el lamento se ha convertido en parte del acto redentor de Dios en Jesucristo. Algunos teólogos suelen decir que cualquier aspecto humano no asumido por Cristo quedó sin redimir. Sin embargo, como Cristo fue plenamente humano y divino, todo lo que es humano, incluso el lamento, es parte de la redención. Además, cuando “nos vestimos de Cristo” en el bautismo, nos unimos a todo el sufrimiento en el Cuerpo de Cristo que lleva al lamento, a la ira y al compromiso de cambiar las cosas para mejorarlas.

¿Cómo llevamos ese lamento a la oración? Los salmos ofrecen reiterados ejemplos. Nos llaman a presentar, como comunidad, nuestra queja a Dios (y aun a quejarnos *de* Dios). Nos enseñan que una resolución final de la tragedia humana

solo ocurrirá con la ayuda o la intervención de Dios y, por último, nos llevan a cifrar nuestra confianza en la palabra de Dios y en Su Presencia entre nosotros.

Nuestra liturgia ofrece una amplia colección de oraciones, posturas, gestos y recursos ambientales y musicales para expresar nuestro lamento a Dios. Ahí se congregan los horrores, como la muerte y el pecado, que nos llevan a lamentarnos, pero también se nos promete la salvación de la muerte y la redención del pecado. El bautismo y la penitencia son sacramentos de lamento y reconciliación y el Orden de la Misa ofrece también momentos para lamentarnos.

Además, los cantos nos llaman a expresar nuestro lamento porque cualquier Iglesia que, ante la dura realidad, interprete “cánticos felices” constantemente, hace algo muy diferente de lo que nos piden la Biblia y nuestra liturgia. Necesitamos cánticos de lamento para no transmitir involuntariamente el mensaje de que todo marcha bien en el mundo, de que el sufrimiento no nos toca o de que los cristianos no debemos preocuparnos por lo que suceda a nuestro alrededor. Necesitamos encarar y nombrar la dura realidad de la experiencia humana. Sin oraciones y sin cánticos de lamento, tal vez no logremos avivar la compasión en nuestras Iglesias ni pasar a hacer las obras de misericordia a las que nos llama el Evangelio de Jesús.

El lamento, al igual que la liturgia, nos llama a la acción. El Evangelio nos enseña la forma en que deberían ser las cosas y la necesidad de corregir el desorden. Exigimos que las cosas sean distintas de los horrores que los seres humanos parecen manejar regularmente porque tenemos un sueño y una promesa de un ser humano que obre de manera diferente. No solo esperamos con alegría un futuro que llamamos el reino de Dios sino que creemos que ese futuro está aquí entre nosotros ahora mismo y nos alberga, y que se nos ha llamado a hacer lo posible para convertirlo en realidad. En virtud de la muerte y resurrección de Jesucristo y por haber sido incorporados a Cristo por medio de los sacramentos de iniciación, tenemos una idea de lo que será el futuro de Dios y se nos ha llamado a ayudar a otros a experimentar lo que es el reino de Dios ahora.